

artículo

## La ilustración de los libros infantiles en el contexto cultural de la España de hoy

Por Jaime GARCIA PADRINO

Es difícil hablar de trabajos de ilustración sin ofrecer al mismo tiempo la imagen correspondiente. Este trabajo estaba concebido para la proyección simultánea de una amplia serie de dispositivas; ante la amable petición de José María de Béthencourt, director del INLE, he tratado de adaptarlo para su publicación en esta revista. Espero que mantenga esta exposición un cierto interés y pido, o cuando menos aconsejo, la consulta —en la medida de lo posible— de los libros indicados. Creo que el lector podrá encontrar una aproximación esencial al rico panorama de nuestros ilustradores de libros infantiles y juveniles.

Hablar de la función que desempeña una ilustración de un texto literario «infantil» para su mejor comprensión por su destinatario natural —el niño— es algo sobradamente aceptado.

No creo necesario, por tanto, insistir en ello como prólogo de un acercamiento a la tarea de los ilustradores españoles en el presente siglo y, más concretamente, a su situación actual.

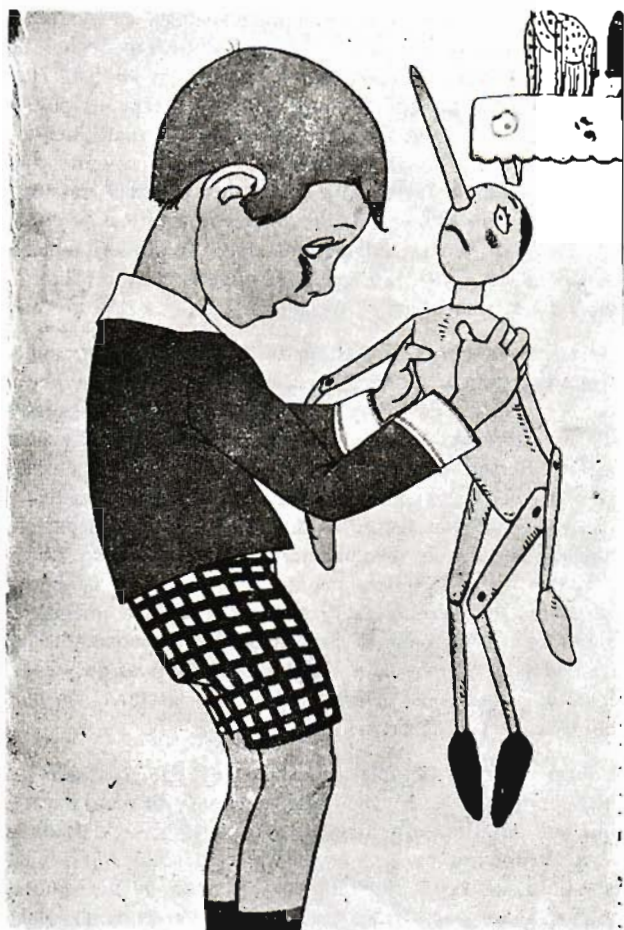
La ilustración de libros infantiles es la unión de la técnica y del arte. Técnica del impresor, unida a la existencia de una industria editorial con los consiguientes condicionantes económicos. Arte de un ilustrador, de un artista plástico, heredero de una tradición cultural, con una determinada formación estética y profesional, miembro de una sociedad y que, como tal, es influido por este contexto propio.

De acuerdo con ello, una buena ilustración ha de ser una transcripción enriquecedora, más o menos fiel, de un texto según la determinada intencionalidad del ilustrador. Al mismo tiempo, es reflejo de su concepción artística y sujeta, por tanto, a las corrientes vigentes en cada época.

Frente a todo esto, es una exigencia clara la crítica rigurosa que considere los factores apuntados y el estudio de la ilustración como reflejo de unos determinados modelos culturales. Una historia de la literatura infantil no estaría completa sin considerar las corrientes evolutivas de la ilustración en los distintos momentos históricos. O, dicho de otro modo, su revisión histórica es la que mejor ilustra la propia evolución de los textos literarios.

Podemos contrastar esta afirmación con algunos ilustrados precedentes, y servirnos además de preámbulo a esta aproximación histórica que vamos a intentar.

El gusto romántico está presente en las ilustraciones de Gustavo Doré para su imagen de los cuentos de Perrault (1); una visión crítica y corrosiva de la sociedad de su tiempo es la que ofrece Jean Ignace Grandville (1842) en *Les metamorphoses du jour*; la Italia de la reunificación es el contexto en el que Attilio Mussino recreó, 30 años más tarde de su primera aparición (1881), la figura de Pinocho creada por Collodi (2). Tenniel crea un prototipo ya clásico del personaje de Alicia (3), lo que no impide que otros ilustradores hayan intentado una recreación auténticamente personal. Es el caso de Arthur Rackham, no sólo con Alicia, sino también con



Peter Pan (4) y su mundo de hadas. Supo crear además toda una atmósfera poética en sus trabajos, desde sus ilustraciones de los cuentos de Andersen (5) a la plasmación del mundo medieval y caballeresco del rey Arturo (6). Otros nombres podrían ampliar estos ejemplos —Walter Crane, Beatrix Potter, Edmund Dulac, Jean de Brunhoff, Josef Lada...—, pero volvamos a nuestros ilustradores.

Antes de entrar en el ámbito concreto de la literatura infantil en España tropezamos con esta afirmación de Paul Hazard:

«No hay ningún autor español que haya escrito especialmente para la gente menuda y que, al hacerlo, haya encontrado la expresión de su genio peculiar.» (*Los libros, los niños, los hombres*, Editorial Juventud, Barcelona, 1950, pág. 130.)

No vamos a entrar en el ataque o la aceptación de una tesis discutible y, felizmente, desfasada. Otra cuestión sería discutir qué es «esa expresión de su genio peculiar». Pero quiero afirmar que en nuestra literatura ha habido y hay artistas plásticos —como ha habido y hay escritores— dedicados a la bella tarea de plasmar en imágenes estéticas un texto comprensible para el niño y el joven. Y es de ellos de los que vamos a hablar. Primero, en una visión histórica necesaria para la mejor comprensión de su proceso evolutivo en el presente siglo. Después, en un intento de caracterizar las temáticas

fundamentales en la ilustración de los libros infantiles españoles en los últimos años.

A principios de siglo, la literatura infantil española estaba en manos de un fuerte didactismo y un filantropismo mal entendido. La candidez y la pedertería llenaban sus páginas y al niño se le hablaban de desgracias y más desgracias, de buenos comportamientos —tan buenos que resultan irreales—, con la intención clara de inculcarle el valor supremo de la virtud y del sacrificio.

Ejemplo de lo apuntado serían las Imágenes de Parada y Santín (7) para un poema «infantil» de Manuel Ossorio y Bernard, quien en 1894 se autocalificaba como «el autor predilecto de la infancia».

La pedertería y el didactismo hacen exclamar en 1902 al traductor y adaptador del *Telémaco*, novela pedagógica aparecida en Francia a principios del siglo XVII:

«Por fortuna, ni Fenelón ni su *Telémaco* necesitan de resurrección en ciertas esferas intelectuales, porque jamás en ellas han muerto ni podrán morir... El don más útil que las Musas hayan hecho a los hombres es el *Telémaco*. Porque si la felicidad humana pudiera nacer de un poema, de éste les vendría seguramente.»

Esta nueva edición (8) del *Telémaco* demuestra la pervivencia del didactismo moralizante antes señalado, presente asimismo en las distintas ediciones de las *Fábulas en verso castellano*, de Félix M.<sup>o</sup> Samaniego (1781), como la que J. L. Amat intentó actualizar con un reflejo de los tipos y modos propios de la época (9). Es la Editorial Calleja, creada por el empuje y dedicación de un hombre singular, Saturnino Calleja, en 1876, la que publica la edición que comentamos y la misma que renovará en los años siguientes el concepto de libro infantil y, por consiguiente, las ilustraciones de estos textos.

Junto a la Editorial Calleja, otras como Araluce, de Barcelona, ofrecían ediciones más cuidadas de «Las obras maestras al alcance de los niños», como *Las Mil y Una Noches*, ilustrada por Albert (10) hacia 1914. Será una de las que continúen su labor, sin apenas variaciones apreciables, después de 1939.

Volvamos con Calleja. La renovación antes apuntada se aprecia en colecciones como «Cuentos de Calleja» y «Cuentos de Calleja en Color».

Citemos algunos ejemplos. En la primera de estas colecciones indicadas aparecen dibujos de Méndez Bringa (11) para una adaptación del cuento de Andersen *Ole Luk Oje*, traducido como *Los cuentos de Fernandillo*. En la segunda, «Cuentos de Calleja en Colores», *La tortugueta que venció al gigante* (12), posiblemente atribuida a Penagos, así como el volumen titulado *La princesa rana de los ojos verdes*.

Contra este didactismo, contra esta candidez mal entendida y los buenos ejemplos «irreales» va a luchar un personaje encantador que nace en esta Editorial Calleja, de la mano de su director literario y uno de los autores-ilustradores más significativos de la literatura infantil anterior a la guerra civil: Salvador Bartolozzi. De origen italiano por línea paterna, se inspira en el personaje de



Collodi, publicado por la misma Editorial, Calleja en 1913, para cuatro años más tarde hacer una recreación netamente hispánica y originalísima. Apropiado así del nombre de Pinocho y de parte de sus rasgos físicos más característicos, Bartolozzi introduce diversos elementos renovadores. De ellos, el primero es la figura del creador del muñeco (el nacimiento de Pinocho): un niño, Currusquín, hijo de un fabricante de juguetes, con una imagen que responde al contexto socio-cultural de la época. Pero este Pinocho hispano —y éste es otro de sus elementos renovadores— es un auténtico y moderno aventurero. Desciende al fondo del mar (*Pinocho en el fondo del mar*), viaja en globo (*Viaje de Pinocho a la Luna*), coloniza otros pueblos a los que lleva el bienestar y el progreso, como una curiosa traida de aguas (*Pinocho I, el Cigüeño*), lo que le hace ser aclamado como emperador de estos pueblos (*Pinocho emperador*). Pero tal figura heroica, protagonista de una larga serie de 48 libros, no quedaría completa sin la figura de un antihéroe, del antagonista que diera mayor interés a las historias. De nuevo, la pluma y el lápiz de Bartolozzi crean otro interesante personaje, Chapete, cuyo único fin será eclipsar la gloria de Pinocho y su valor. Sus ilustraciones dejan patente la valía de Bartolozzi: el dominio del dibujo, que le otorgó un puesto indiscutible en el panorama artístico de su época, el manejo del color, la inventiva para crear situaciones originales, la viveza en la creación de escenas...

También Cataluña siente una renovación profunda en la literatura infantil, con nombres como Pere Torner Esquius, que recreaba los cuentos de Perrault en 1918 (13); Lola Anglada, que en 1927 ilustraba a la no menos clásica *Alicia en el País de las Maravillas* (14), o Joan Junceda, colaborador de Josep M.<sup>a</sup> Folch i Torres. En esta renovación juega un importante papel una editorial catalana: Juventud, que además de la edición magnífica de *Alicia* en 1927, ya había publicado en 1925 la primera edición española de *Peter Pan*, de J. M. Barrie, con las ilustraciones de Mabel Lucie Attwell.

Con el nombre de Bartolozzi siempre estarán unidos Antoniorrobles y Elena Fortún. Los tres aparecen juntos en las páginas de «Gente Menuda», suplemento infantil de la prestigiosa revista *Blanco y Negro*, en los años treinta. Bartolozzi ilustra algunos cuentos de su buen amigo Antoniorrobles, mientras que Elena Fortún publica a partir de 1928 las aventuras de Celia, una «Guillermo» femenina, si menos revolucionaria, con una fuerte crítica tras una apariencia de inocente candidez. Y si Guillermo ha tenido en Thomas Henry al creador de una imagen insuperable, Celia también lo tuvo y, desgraciadamente, se ha olvidado. Fue Regidor, colaborador habitual de «Gente Menuda» y *Blanco y Negro*, y a quien sustituye, en abril de 1932, otro gran artista: «Serny».

Pero tan esperanzador panorama se vería frustrado trágicamente por tres años sangrientos, 1936-39, durante los que la literatura infantil va a quedar supeditada al adoctrinamiento político en uno y otro bando. El fin del conflicto supondrá el exilio para algunos de los autores e ilustradores más significativos. Por ello podemos decir que los «niños de la guerra», entre otras muchas cosas, perdieron una espléndida literatura.

La necesidad de formar un nuevo modelo educativo para la infancia, el ofrecer modelos adecuados de comportamiento y de conducta, y el buscar un nuevo tipo de sociedad que superara los gravísimos problemas de un mundo en conflicto, son algunos de los objetivos que la mentalidad dominante en la época intenta llevar a las lecturas infantiles. Los resultados, con una perspectiva histórica suficiente, son fácilmente comprobables: empobrecimiento de temas, baja calidad tanto en tratamiento literario como en ilustraciones y ediciones, y, sobre todo, la vuelta al moralismo angustioso, al filantropismo equivocado, al adoctrinamiento social y político, acorde con el sistema triunfante en aquellos años cuarenta.

Ante la falta de obras que ofrecer a los niños —se eliminó prácticamente todo lo publicado en la República—, se editan libros muy anteriores. Unos, totalmente desfasados, como algunos de Ortega y Munilla (1922), y del que un ilustrador anónimo reflejaba su carga moralista y patriótica (15). Otros, pierden su sentido al ser presentados en un contexto distinto e, incluso, por cambiar sus ilustradores. Insistamos en este punto.

Ya hemos hablado de Elena Fortún. Cuando vuelve a publicar sus aventuras de Celia, esta nueva edición aparece claramente marcada por el ambiente socio-cultural de la España de postguerra. Así, diez años después, con la guerra civil como trágico paréntesis, la imagen de Celia era vista por algunos de los numerosos ilustrado-

res que intervinieron en la serie (M. H. Palacios, L. de Ben Zarágüeta, Luisa Butler...) de forma muy distinta a como lo hicieron Regidor o Serny. La diferencia con las ilustraciones con las que aparecía en «Gente Menuda» es bien apreciable, si comparamos dos de ellas, una de cada época, y para el mismo libro, *Celia en el colegio*, la de Regidor (16), y la de L. de Ben (17).

Mucha de la literatura de aquellos años cuarenta iba impregnada de un afán de apostolado, de educación moral. Esto atrajo, con muy poca fortuna, a educadores y maestros hacia la tarea literaria y a ilustrar libros infantiles. Uno de ellos, Pedro Serragüa, recreaba una secuela de Celia, Mari-Sol, personaje de Josefina Alvarez de Cánovas (18).

Otra tendencia de amplio cultivo eran los relatos históricos en torno a un pasado glorioso, las leyendas y los temas hagiográficos —vidas de santos—, en los que algunos de sus ilustradores ponían aún más de manifiesto el carácter ejemplificante inspirador de estas ediciones (19).

La superación de la difícil postguerra no llegará hasta bien entrados los años cincuenta. Es entonces cuando se acomete con interés y dedicación la tarea promotoradora de la literatura infantil desde la propia sociedad. Los propios cambios sociales y culturales del país favorecen la renovación de la literatura infantil, que será más apreciable en la ilustración que en los textos dirigidos a la infancia.

El nivel artístico de la ilustración se eleva considerablemente con la incorporación de nombres como Lorenzo Goñi, Tauler y Picó, entre otros que ilustran las páginas de la revista *Bazar*, dirigida artísticamente por Serny.

Una obra interesante en aquellos años —que a pesar de su indudable calidad, fuera de la mediocridad general no tuvo repercusión— es *Las hadas de Villaviciosa de Odón*, de María Luisa Gelaell. Sus ilustraciones tienen además el mérito de ser una colaboración poco frecuente de uno de los pintores españoles de más prestigio en esos años, Benjamín Palencia (20).

La ilustración de libros infantiles y juveniles va a ser estimulada con la creación de los Premios «Lazarillo» en 1958. El repaso de su nómina de ganadores muestra una clara evolución, técnica y artística, en el concepto de libro ilustrado, al tiempo que prestigiosos artistas plásticos se incorporan a esta tarea.

Intentemos sintetizar la evolución del Premio «Lazarillo» en el apartado de ilustración, desde el primero de 1958, de Francisco Goico Aguirre, hasta 1980, Viví Escrivá.

En las primeras ediciones dominaban los temas informativos o educativos, y el dibujo tenía un cierto aire renovador, moderno. *El libro del fuego*, de J. L. Herrera, era ilustrado por José Francisco Aguirre (21), con un planteamiento de recuerdos surrealistas y una concepción estética innovadora. El dibujo estilizado y un empleo del color casi impresionista era el de Rafael Munoa (1959) para *Exploradores de Africa* (22), de Antonio Espina. Un ilustrador de corte clásico en sus grabados, José Na-

rro (23), lo conseguía en 1961 por su trabajo con *Robinson Crusoe*, mientras que en 1963 Celedonio Perellón aporta una depurada técnica pictórica para *Cuentos del ángel custodio*, de Laura Draghi (24).

El ingenuismo casi infantil aparece en 1964 con Daniel Zarza (25): manchas de colores, deformaciones de la realidad y un trazo grueso poco definido eran utilizados para un texto de Concha Fernández Luna, *Fiesta en Marillandia*. El premio de 1965 y el de 1966 descubren lo que entonces podía calificarse como firmes promesas y que hoy, después de sufrir una clara evolución, son dos de los principales ilustradores del momento: Asunción Balzola (26) y Luis de Horna (27).

Una versión sugerente y de alta calidad plástica sobre una adaptación de la obra de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, hace ganador a Riera Rojas (28) de la edición de 1967. Otra vez el ingenuismo infantil es aportado por María Rius (29) en 1968, para una obra de iniciación a la naturaleza dirigida a los más pequeños, *Por qué cantan los pájaros*, de Amalia Benet. El único ganador de dos ediciones es Fernando Sáez, 1969 y 1971, por una versión del *Lazarillo de Tormes* y un homenaje a la pintura de Goya, a propósito de la biografía del genial pintor hecha por Basilio Losada (30).

Pero el buen momento de la ilustración en estos años se demuestra con otros nombres, fuera de los que consiguieron el Premio «Lazarillo». Entre ellos, Goñi, que da imagen adecuada a una creación del novelista Tomás Salvador, *Marsuf el vagabundo del espacio* (31); Ricardo Zamorano, con unas leyendas muy distintas a las de los 40, *Leyendas de España*, de A. Jiménez Landi (32), o *Dardo, el caballo del bosque* (33); Rafael Munoa también ilustra las *Leyendas andaluzas*, de Luis Jiménez Martos, donde la gracia del colorido se une a la sensación conseguida del movimiento (34).



Volvamos con los «Lazarillo». Otra renovación, formas geométricas y fuerte influencia de lo que se llamó «arte pop», se hace patente en el premio de 1972, para Manuel Boix (35), por *El país de las cosas perdidas*, de Angela Ionescu. Tendencia confirmada en los años siguientes con Miguel A. Pacheco (1973) y con Miguel Calatayud (1974), por *Cuentos del año 2100*, de Aaron Cuppit (36).

Hay un paréntesis en la historia del «Lazarillo»: el premio de 1975 queda inédito, en 1976 no se convoca y en 1977 se declara desierto. Pero en 1978, José Ramón Sánchez, *Los libros del aprendiz de brujo*, de Lolo Rico de Alba y J. L. García Sánchez (37); en 1979, Ulises Wensell, con *Cuando sea mayor seré marino*, de María Puncel (38), y en 1980, con Viví Escrivá y *Dos cuentos de princesas* (39), se recupera el prestigio del premio, con el reconocimiento de trabajos de alta calidad estética y dedicaciones meritorias a la ilustración de libros infantiles.

Pero si nos limitáramos a estos nombres ganadores del «Lazarillo», el panorama, lógicamente, no sería completo. La ilustración de libros infantiles en España ofrece un nivel artístico digno y un amplio número de artistas entre sus cultivadores, en los que se unen los consagrados con nuevos nombres que apuntan con fuerza y están dando trabajos de mérito indudable en los últimos meses.

Para sistematizar de cierta manera las notas características de los últimos años voy a recurrir a una clasificación temática en las ilustraciones. No olvidemos que la ilustración está al servicio de un texto literario. Aunque el estilo y la técnica de un mismo ilustrador no tiene por qué variar de un tema a otro, sí le exige este cambio distintos modos de plantear su trabajo de ilustración.

Una de las temáticas más frecuentes en la literatura infantil actual es la del niño y su mundo. El enfrentamiento con esta realidad supone todo «un aprendizaje espiritual» que se plantea de modos distintos. Uno de ellos es el «Bildungsroman» o «novela-aprendizaje», en la que el protagonista entra, a través de un viaje, en relación con un mundo desconocido para él hasta ese momento, lo que ayudará a desarrollar su propia personalidad. Es el caso de *Feral y las cigüeñas*, de Fernando Alonso, bella narración cargada de cierto simbolismo e ilustrada por Fuencisla del Amo, en uno de los trabajos más interesantes del pasado año (40).

La relación del niño con los adultos, bien sean familiares o extraños con cierta aureola atrayente, como un vagabundo, es también decisiva en el desarrollo personal de los protagonistas. Así lo ha interpretado Asunción Balzola para un relato de Malencho Retegui publicado el presente año (41) o para otro cuento escrito por ella misma en esta línea apuntada (42).

El anciano como portador de una importante experiencia vital es la imagen plasmada por Luis de Horna («Lazarillo» 1966) para un cuento de Eduardo Galeano, *La piedra arde*, cargada de un claro mensaje político de lucha por la libertad (43).

El aprendizaje del niño se realiza también a través del humor y de situaciones disparatadas, en las que se siente comprendido y reflejado por un adulto. En este caso,

con ilustraciones de Antonio Tello, es el abuelo de uno de los principales protagonistas creados por Consuelo Armijo para *El Pampinoplas* (44).

La relación con otros niños de su misma edad es otro tema frecuente en esta literatura. Unas veces, son los hermanos como los del libro de Apuleyo Soto, *Los tres hermanos*, plasmados por Asunción Balzola (45) y los de *Marta y Antón*, de la misma ilustradora (46). O la pandilla de amigos, protagonistas colectivos de aventuras más o menos peligrosas, pero siempre atrayentes para los lectores: *La pandilla de Pitus*, ilustrada por Pilarín Bayés con los personajes de Sebastián Sorribas (47); o las imágenes de Rita Cullá para la serie de los Block, de Montserrat del Amo (48), o las de Ulises Wensell para *Operación Pata de Oso* (49) y para *El tesoro*, ambos de María Puncel (50).

El problema de un niño protagonista se carga, en ocasiones, de un claro contenido simbólico, como en *La Torre*, de Montserrat del Amo, ilustrado por Miguel A. Pacheco (51); en *El niño que quería volar*, de Fabio Pierini e ilustraciones de Carmen Solé (52) o en *Don Blanquiscio*, de María Luisa Seco e ilustraciones de Ulises Wensell (53).

La necesidad de comprender al niño y determinados aspectos de sus comportamientos sirven para la defensa y proclamación de los derechos del niño, en unas narraciones simbólicas de José L. García Sánchez y Miguel A. Pacheco, y que con el título genérico de *Los derechos del niño* han sido ilustradas por distintos artistas: Nella Bosnia, *Los niños de los cuentos* (54); Carmen Solé, *El niño llorón* (55); Ulises Wensell, *El niño que tenía dos ojos* (56), entre otros.

La figura de un protagonista animal que asuma comportamientos humanos tiene orígenes remotos, pues apa-





rece ya en las fábulas orientales. Siempre ha sido un recurso grato al niño, sobre todo en los más pequeños, y se utiliza en ocasiones para trasladar a estos animales protagonistas problemas o comportamientos más propios del niño.

Esta relación del niño con los animales es objeto de diversos planteamientos. Unas veces, compañero de los juegos infantiles como este pájaro observado por los niños de una clase, de Viví Escrivá (57), para un relato, *Cipi*, de Mario Lodi, o este oso de gitanos, pintado por Asunción Balzola, para *El perro Milord*, de Carmela Saint-Martin (58).

Otra forma frecuente es el presentar el animal con una problemática que podíamos calificar de «identidad personal». Con ello se pretende que el joven lector saque unas consecuencias aprovechables para él mismo. Es la *Historia de un erizo*, de Asunción Balzola (59), sobre el problema a veces difícil de la amistad. O *Majo, el rinoceronte*, de Horacio Elena (60), que intenta explicar un caso de «identidad personal»; o *Llorón, hijo de dragón*, que no quiere asustar a los hombres, sino serles útil, con dibujos de Miguel A. Pacheco (61), con texto de Lolo Rico de Alba. Y de esta misma autora, *Angelita, la ballena pequeña*, que quiso conocer y relacionarse con los hombres, con imágenes de José Ramón Sánchez (62).

A veces, el protagonista animal se presenta en contextos absurdos, disparatados, con determinados comportamientos humanos. Tan absurdo como un negociante gato (63) que propone un negocio suculento a los ratones, como cuenta Gianni Rodari en *Los negocios de Don Gato*, con dibujos de José A. Lobato; o unos ratones bañistas, de *Macarrones con cuentos*, de Consuelo Armijo, e ilustraciones de Clara Pérez Escrivá (64); o el pingüino que siente la angustia de la soledad y manda un mensaje en una botella, como es la costumbre de todo buen naufrago solitario (65), con versos de Gloria Fuertes e imágenes de Ulises Wensell.

Una de las corrientes actuales de preocupación social es el tema ecológico, la defensa de la naturaleza. Este

era el duro alegato de la novela de Fernando Martínez Gil, premiado con el «Nacional de Literatura Infantil» 1979, titulado *El río de los castores* e ilustrado por Margarita Puncel (66).

Por último, el animal es el protagonista de otras historias que intentan ofrecer al niño unos conocimientos de la naturaleza, como estas narraciones de José L. García Sánchez y M. A. Pacheco, *Soy un pájaro*, ilustrado por Karin Schubert (67), o *Soy un pez*, con dibujos de José Ramón Sánchez (68). Este ilustrador ha creado además la figura de un simpático ratón, Camembert (69), que ofrece a los muchachos distintos juegos y actividades con pequeñas historias.

No existe en España una corriente fantástica de la tradición del «nonsense» anglosajón, donde el humor y la fantasía tejen un juego admirable. Pero, a pesar de ser más fuerte en nuestra literatura la corriente realista, también se le intenta ofrecer al niño ese juego de la imaginación fantástica en formas diferentes.

Una de ellas es la desmitificación de personajes tan clásicos como puede ser una bruja. En este caso se llama Mercedes (70) y es creación de Consuelo Armijo, que busca su inspiración en un conocimiento de la psicología infantil y en ciertos elementos del «nonsense». Y Carmen de Andrada ha plasmado la imagen de esta moderna bruja.

La unión de otro personaje clásico, un duende, con una creación de la moderna ciencia, un robot, es lo que plantea en su relato *El duende y el robot* Fernando Alonso. Publicado en dos versiones, la primera en 1971, contaba con ilustraciones de Perellón (71), y diez años más tarde, con el texto reelaborado, con ilustraciones de Ulises Wensell (72).

La técnica ofrece personajes que también pueden convertirse en seres fantásticos, como el viejo autobús que se apodera de un niño. Su hermano habrá de superar distintas pruebas y convivir con personajes fantásticos hasta lograr su rescate. Esta es la trama de *El jardín encantado*, de Carmen Bravo-Villasante, ilustrado por Carmen de Andrada (73).

Ya indiqué que Consuelo Armijo es una de las pocas cultivadoras en nuestro país de esta literatura del absurdo y del disparate. Ganó el Premio «Lazarillo» para escritores en 1974 con la creación de unos personajes raros y extravagantes, *Los batautos*, con buenas dosis de humor, y muy atractivos para los jóvenes lectores, y a los que Jordi Ciuró (74) trató de dar imagen adecuada.

También lo fantástico es, a veces, un instrumento para que el niño organice sus relaciones con la realidad que le rodea. Este juego de la fantasía es, sin duda, una de las características fundamentales de la psicología infantil. Y así lo ha visto Fernando Alonso en los relatos publicados con el título de *El hombrecito vestido de gris y otros cuentos*, con los que Ulises Wensell se identificó plenamente en sus imágenes (75).

La exaltación del valor de la fantasía y los recursos para crear historias para el niño y que él mismo sea

línea y el color, en una búsqueda apasionante de la ilustración oportuna.

Y sólo ya una cita, que, aunque muy conocida, sintetiza lo que ha sido mi intención poner de manifiesto con este trabajo:

«Alicia estaba empezando ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río sin hacer nada: se había asomado una o dos veces al libro que estaba leyendo su hermana, pero no tenía ni dibujos ni diálogos, y ¿de qué sirve un libro si no tiene dibujos o diálogos?, se preguntaba Alicia.» (Carroll, Lewis, *Alicia en el país de las maravillas*, trad. de Jaime de Ojeda, Alianza Edit., Madrid, 1970, pág. 33.)

Madrid, julio de 1981.

NOTA FINAL.—*Es alarmante la aparición frecuente de ilustraciones que calcan, copian, se inspiran excesivamente o plagian los trabajos de otros ilustradores de reconocido prestigio, con el pretexto —a todas luces falso— de crear escuela. La responsabilidad, en mi modesta opinión, no es sólo del dibujante que realiza esta empobrecedora tarea, sino de las editoriales que alientan, favorecen y publican este tipo de trabajos. Y he dicho «empobrecedora tarea» con intención, pues siempre será mejor explorar nuevos caminos y desarrollar una personalidad propia. Valga esto como llamada de atención y de concienciación ante un problema real y dejamos para otra oportunidad la cita concreta de casos y nombres.*

#### NOTAS BIBLIOGRÁFICAS:

1. DORE, Gustavo.—*Caperucita Roja*, de Charles Perrault, Edit. La Gaya Ciencia, Barcelona, 1973. Col. «Moby Dick» n.º 44, pág. 19.
2. MUSSINO, Attilio.—*Las aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi, Fuente Dorada Edic., Valladolid, 1979.
3. TENNIEL, John (1867).—*Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, Alianza Edit., Madrid, 1970. Col. «Libro de bolsillo», n.º 278, pág. 47.
4. RACKHAM, Arthur.—*Peter Pan*, de J. M. Barrie, Edival-Alfredo Ortells, Valladolid, 1979.
5. RACKHAM, Arthur.—*Cuentos de Andersen*, Edit. Juventud, Barcelona.
6. RACKHAM, Arthur.—*The romance of King Arthur*, by Alfred W. Pollard, MacMillan and Co., New York, 1979.
7. PARADA Y SANTIN (1894).—*Poemas infantiles*, de Manuel Ossorio y Bernard, Madrid, 1894.
8. E. B.—*Aventuras de Telémaco*, de M. Francisco de Salignac de la Mothe, «Fenelón», trad. y red. por A. B. Rodríguez, Hijos de Santiago Rodríguez, Burgos, 1902.
9. AMAT, J. L. (¿1900?).—*Fábulas en verso castellano*, por Félix M.ª de Samaniego, Edit. Calleja, Madrid, s. a.
10. ALBERT (¿1914?).—*Las mil y una noches*, narradas por C. G., Editorial Araluca, Barcelona, s. a.
11. MÉNDEZ BRINGA (¿1910?).—*Los cuentos de Fernandillo*, Edit. Saturnino Calleja, Madrid, s. a.
12. ANONIMO (¿1910-1920?).—*La tortuguilla que venció al gigante*, Editorial Saturnino Calleja, Madrid, s. a.
13. TORNER ESCOVIUS, Pere (1918).—*Cuentos de Perrault*, Edic. Alfaguara, Madrid, 1980.

14. ANGLADA SARRIERA, Lola (1927).—*Alicia en el país de las maravillas*, Edit. Juventud, Barcelona, 1927 (8.ª edic., 1971).
15. ANONIMO (1922).—*El capitán Quasimodo*, de R. Ortega y Munilla, Edit. Sopena, Barcelona, 1940.
16. REGIDOR (1930).—*Celia quiere marcharse*, de Elena Fortún, en «Gente Menuda», rev. «Blanco y Negro», n.º 2.017, 12-1-1930.
17. BEN, L. de.—*Celia en el colegio*, Edit. Aguilar, Madrid, reed. 1980.
18. SERRAGUA, Pedro.—*Mari-Sol* (2.ª parte), de Josefina Álvarez de Cánovas, Edit. Magisterio Español, Madrid, 1942.
19. MARCO.—*Santas y heroínas*, de A. Fernández Rodríguez, Edit. Magisterio Español, Madrid, s. a.
20. PALENCIA, Benjamin.—*Las hadas de Villaviciosa de Odón*, de María Luisa Gefaell, Edic. Alfaguara, Madrid, 1980.
21. AGUIRRE, José Francisco.—*El libro del fuego*, de J. L. Herrera, Aguilar Edit., Madrid, 1957 (Premio «Lazarillo» 1958).
22. MUNOIA, Rafael (1958).—*Exploradores de África*, de Antonio Espina, Edit. Aguilar, Madrid, 1958 (Premio «Lazarillo» 1959).
23. NARRO, José.—*Las aventuras de Robinson Crusoe*, Edit. Juventud, Barcelona, 1960.
24. PERELLON, Celedonio.—*Cuentos del ángel custodio*, de Laura Draghi, Edit. Doncel, Madrid, 1962 (Premio «Lazarillo» 1963).
25. ZARZA, Daniel.—*Fiesta en Terlandia*, de Concha Fernández-Luna, Edic. Cid, Madrid, 1965 (Premio «Lazarillo», 1964).
26. BALZOLA, Asunción.—*Canclonero infantil universal*, de Bonifacio Gil, Edit. Marfil, Madrid, 1970.
27. HORNA, Luis de.—*Gino Comino y el camello Moja-Jamón*, de José Martín Barrigós, Edit. Marfil, Alcoy, 1970.
28. RIERA ROJAS, R.—*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, Edit. Credisa, Madrid, 1966 (Premio «Lazarillo» 1967).
29. RIUS, María.—*Por qué cantan los pájaros*, de Amalia Benet, Edit. Teide, Barcelona, 1967 (Premio «Lazarillo» 1968).
30. SAEZ, Fernando.—*Goya*, de Basilio Losada, Verón Edit., Madrid, 1970 (Premio «Lazarillo» 1971).
31. GOÑI, Lorenzo.—*Marsuf, el vagabundo del espacio*, de Tomás Salvador, Edit. Doncel, Madrid, 1962.
32. ZAMORANO, Ricardo.—*Leyendas de España*, de A. Jiménez Landi, Edit. Aguilar, Madrid, 1964.
33. ZAMORANO, Ricardo.—*Dardo, el caballo del bosque*, de Rafael Morales, Edit. Doncel, Madrid, 1961.
34. MUNOIA, Rafael.—*Leyendas andaluzas*, de Luis Jiménez Martos, Edit. Doncel, Madrid, 1963.
35. BOIX, Manuel.—*El país de las cosas perdidas*, de Angela Ionescu, Edit. Doncel, Madrid, 1971 (Premio «Lazarillo» 1972).
36. WENSELL, Ulises.—*Cuando sea mayor seré marino*, de María Puntorial Doncel, Madrid, 1973 (Premio «Lazarillo» 1974).
37. SANCHEZ, José Ramón.—*El libro de los juegos*, de José Luis García Sánchez y Lolo Rico de Alba, Edit. Miñón, Valladolid, 1977 (Premio «Lazarillo» 1978).
38. WENSELL, Ulises.—*Cuando sea mayor seré marino*, de María Puntorial, Edic. Altea, Madrid, 1979 (Premio «Lazarillo» 1979).
39. ESCRIVA, Vivi.—*Dos cuentos de princesas*, adapt. de María Puntorial, Edic. Altea, Madrid, 1980 (Premio «Lazarillo» 1980).
40. AMO, Fuencisla del.—*Feraí y las cigüeñas*, de Fernando Alonso, Edit. Noguer, Barcelona, 1980.
41. BALZOLA, Asunción.—*El vagabundo*, de Malencho Retegui, Editorial Miñón, Valladolid, 1981.
42. BALZOLA, Asunción.—*Pepín y Papón*, Edic. Encuentro, Madrid, 1980.
43. HORNA, Luis de.—*La piedra arde*, de Eduardo Galeano, Edic. Lóquez, Salamanca, 1980.
44. TELLO, Antonio.—*El pampinoplas*, de Consuelo Armijo, Edic. S. M., Madrid, 1980.
45. BALZOLA, Asunción.—*Los tres hermanos*, de Apuleyo Soto, Emilianio Escolar Edit., Madrid, 1980.
46. BALZOLA, Asunción.—*Marta y Antón*, Edic. Encuentro, Madrid, 1980.
47. BAYES, Pilarín.—*Festival en el barrio de Pitus*, de Sebastián Sorribas, Edic. La Galera, Barcelona, 1969.

48. CULLA, Rita.—*Excavaciones Block*, de M. del Amo, Edit. Juventud, Barcelona, 1979.
49. WENSELL, Ulises.—*Operación Pata de Oso*, de María Puncel, Edit. Doncel, Madrid, 1971.
50. WENSELL, Ulises.—*El tesoro*, de María Puncel, Edic. Altea, Madrid, 1980.
51. PACHECO, Miguel A.—*La torre*, de Montserrat del Amo, Edit. Miñón, Valladolid, 1975.
52. SOLE, Carmen.—*El niño que quería volar*, de Fabio Plerini, Edit. Miñón, Valladolid, 1979.
53. WENSELL, Ulises.—*Don Blanquisucio*, de María Luisa Seco, Edit. Miñón, Valladolid, 1978.
54. BOSNIA, Nella.—*Los niños de los cuentos*, de José L. García Sánchez y M. A. Pacheco, Edic. Altea, Madrid, 1978.
55. SOLE, Carmen.—*El niño llorón*, de J. L. García Sánchez y M. A. Pacheco, Edic. Altea, Madrid, 1978.
56. WENSELL, Ulises.—*El niño que tenía dos ojos*, de J. L. García Sánchez y M. A. Pacheco, Edic. Altea, Madrid, 1978.
57. ESCRIVA, Viví.—*Cipli*, de Mario Lodi, Edic. Alfaguara, Madrid, 1980.
58. BALZOLA, Asunción.—*El perro Milord*, de Carmela Saint-Martin, Edit. Doncel, Madrid, 1971.
59. BALZOLA, Asunción.—*Historia de un erizo*, Edit. Miñón, Valladolid, 1978 (2.º Premio Nacional de Ilustración 1978).
60. ELENA, Horacio.—*Majo, el rinoceronte*, Ed. Miñón, Valladolid, 1979.
61. PACHECO, Miguel A.—*Llorón, hijo de dragón*, de Lolo Rico de Alba, Edit. Miñón, Valladolid, 1975.
62. SANCHEZ, José Ramón.—*Angelita, la ballena pequeñita*, de Lolo Rico de Alba, Edit. Miñón, Valladolid, 1975.
63. LOBATO, José A.—*Los negocios de don Gato*, de Gianni Rodari, Edit. Bruquera, Barcelona, 1980.
64. PEREZ ESCRIVA, Clara.—*Macarrones con cuentos*, de Consuelo Armijo, Edit. Emiliano Escolar, Madrid, 1981.
65. WENSELL, Ulises.—*El libro loco de todo un poco*, de Gloria Fuertes, Edit. Escuela Española, Madrid, 1981.
66. PUNCEL, Margarita.—*El río de los castores*, de Fernando Martínez Gil, Edit. Noguer, Barcelona, 1980.
67. SCHUBERT, Karin.—*Soy un pájaro*, de José L. García Sánchez y M. A. Pacheco, Edic. Altea, Madrid, 1974.
68. SANCHEZ, José Ramón.—*Soy un pez*, de J. L. García Sánchez y M. A. Pacheco, Edic. Altea, Madrid, 1974.
69. SANCHEZ, José Ramón.—*Camembert y el perro Bernardino*, de J. L. García Sánchez y M. A. Pacheco, Edic. Altea, Madrid, 1980.
70. ANDRADA, Carmen de.—*Mercedes e Inés o cuando la tierra gira al revés*, de Consuelo Armijo, Edit. Noguer, Barcelona, 1981.
71. PERELLON, Celedonia.—*El duende y el robot*, de Fernando Alonso, Edit. Doncel, Madrid, 1971.
72. WENSELL, Ulises.—*El duende y el robot*, de Fernando Alonso, Editorial Miñón, Valladolid, 1981.
73. ANDRADA, Carmen de.—*El jardín encantado*, de Carmen Bravo-Villasante, Edit. Emiliano Escolar, Madrid, 1981.
74. CIURO, Jordi.—*Los batautos*, de Consuelo Armijo, Edit. Juventud, Barcelona, 1975.
75. WENSELL, Ulises.—*El hombrecito vestido de gris*, de Fernando Alonso, Edic. Alfaguara, Madrid, 1978.
76. ELENA, Horacio.—*La guía fantástica*, de Jules Sennell, Edit. Juventud, Barcelona, 1979.
77. CALATAYUD, Miguel.—*Escenarios fantásticos*, de Joan M. Gisbert, Edit. Labor, Barcelona, 1979.
78. EGUILLO, Juan Carlos.—*El jardín de las tres murallas*, de Carmen Martín Gaité, Edit. Lumen, Barcelona, 1981.
79. HORNA, Luis de.—*Las tres naranjas del amor y otros cuentos españoles*, de Carmen Bravo-Villasante, Edit. Noguer, 1980.
80. CARASUSAN, Gloria.—*Los tres osos y Bucles de Oro*, Edit. Juventud, Barcelona, 1977.
81. LLIMONA, Mercedes.—*Juegos y canciones para niños*, Edic. Hymssa, Barcelona, 1979.
82. PACHECO, Miguel A.—*El último lobo y Caperucita*, de José L. García Sánchez y M. A. Pacheco, Edit. Labor, Barcelona, 1975.
83. PACHECO, Miguel A.—*Soy una roca*, de José L. García Sánchez, Edic. Altea, Madrid, 1974.
84. PACHECO, Miguel A.—*Vida y muerte del Doncel*, de Carmen Bravo-Villasante, Edic. Videostemas, Madrid, 1973.
85. BAYES, Pilarín.—*El pajarillo*, adapt. de María Eulalia Valeri, Edic. La Galera, Barcelona, 1978.
86. CALATAYUD, Miguel.—*Peter Pan*, de J. M. Barrie, Edit. Doncel, Madrid, 1976.
87. MIRALLES, Malte.—*El último elefante blanco*, de Marta Osorio, Editorial Miñón, Valladolid, 1980.
88. PEREZ ESCRIVA, Clara.—*Macarrones con cuentos*, de Consuelo Armijo, Emiliano Escolar Edit., Madrid, 1981.
89. PACHECO, Miguel A.—*El gigante analfabeto*, de José L. García Sánchez, Edic. Altea, Madrid, 1980.
90. SCHUBERT, Karin.—*El rey que voló*, de Carmen Vázquez-Vigo, Ediciones Altea, Madrid, 1980.
91. SOLE, Francisco.—*El mensaje de maese Zanjor*, de Pilar Molina, Edic. S. M., Madrid, 1981.
92. MONES, Isidre.—*La ciudad sin murallas*, de Oriol Vergés, Edic. La Galera, Barcelona, 1978.
93. KRAHN, Fernando.—*Cuenta que te cuento*, de M.ª Luz Uribe, Editorial Juventud, Barcelona, 1979.
94. WENSELL, Ulises.—*El libro loco de todo un poco*, de Gloria Fuertes, Edit. Escuela Española, Madrid, 1981.
95. HORNA, Luis de.—*¡Aire que me lleva el aire!*, de Rafael Alberti, Edit. Labor, Barcelona, 1979.
96. LLIMONA, Mercedes.—*Otros juegos y canciones para niños*, Edit. Hymssa, Barcelona, 1980.
97. WENSELL, Ulises.—*Don Blanquisucio*, de María Luisa Seco, Editorial Miñón, Valladolid, 1978.

